

María, ejemplo de sierva

Serie: Las siete palabras de Jesús en la cruz

Jn.19:26 “Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.”

En este devocional reflexionaremos en la palabra de afecto, cuando el Señor en medio de su dolor en la cruz, abandonado por sus amigos, discípulos y negado por el pueblo; reúne las últimas energías que le quedan para honrar a su madre, y lo hace teniendo cuidado de quien la acompañará, y le dice “Mujer, he ahí tu hijo”, pero empezamos por la sierva María.

Cuando todos lo abandonaron, cuando ya no era seguro asociarse con Jesús, ahí está María al pie de la cruz; Cuando Gabriel le anuncia a María la misión de gestar al Mesías recibe esta salutación **Lc.1:28** “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.” Esta bendición anticipaba grandes dolores y pruebas para ella, su vida fue de una sierva en constante obediencia y sumisión al Señor, tal y como lo registra su respuesta al ángel v.38 “Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.” Ser siervo humilde no significa estar libre de aflicciones, pero si lleno del gozo y plenitud de estar en el propósito de Dios; muchas de nuestras aflicciones no son por obediencia, sino por rebeldía, por no seguir el plan de Dios para nosotros; y hasta que no aprendamos a ser como María, encontraremos el gozo en medio de la aflicción, el gran privilegio de sufrir por la causa de Cristo esa bienaventuranza que el Señor prometió **Mt.5:11**.

Cuando José y María llevaron a Jesús al templo conforme al ritual, un anciano le dio una profecía **Lc.2:34-35** Esa espada habría de materializarse mientras veía al pie de la cruz a su hijo y Señor ser crucificado. Pero sus dolores comenzaron desde el principio, puso en riesgo su matrimonio, puso en riesgo su vida, al poder ser apedreada acusada de fornicación, sufrió al no tener donde dar a luz, sufrió al tener que huir a una tierra extraña para evitar que Herodes matara a su hijo, sufrió al ver como lo rechazaba el pueblo y al final en la terrible cruz, ahí la espada atravesó su corazón, ¿Cuánto sufrió al no poder curar sus heridas? Ella guio esos piecitos y manitas infantiles que ahora son atravesados por esos clavos en la cruz, el dolor es inmenso, pero esta sierva, no grita, no se desmaya, sufre en silencio. Ahí encontramos a María, desprovista de toda esperanza, desconcertada y paralizada por la extraña escena ¡el horror de la cruz sobre su hijo!, y ahí llega el consuelo de Jesús “he ahí tu hijo, he ahí tu madre”.

Mi percepción bíblica

Mi oración

Aplicación: entonces haré...	